

SOBRE LAS UNIVERSIDADES PÚBLICAS*

Carlos Monsiváis**

3

Desde 1910 y, más señaladamente, desde 1929, con la A que se añade con tal de evitar el apoyo estudiantil a la candidatura presidencial de José Vasconcelos, la UNAM, en el país, es **la universidad** por antonomasia; por largo tiempo, se dice **universidad** y no hace falta agregar **pública**; las privadas, muy escasas en número, o son abiertamente confesionales (“Una limosnita por el amor del saber”) o arman con dificultad sus planes de estudios y su planta de profesores. También, y hasta 1958 por lo menos, en la UNAM imperan tendencias, no estrictamente reaccionarias sino conservadoras, que insisten en aislar a los estudiantes de los males de este mundo, en primer lugar la politización que no se abstiene del sexo; en segundo lugar, la defensa del conocimiento puro, algo nunca definido en el territorio de las humanidades y las ciencias sociales.

Luego de 1968 las transformaciones son notorias, se acentúa el énfasis crítico sin que desaparezca del todo el ánimo romántico, se intensifica la exigencia de educación superior (“educación post-secundaria”, la llama irónicamente

Octavio Paz, que tal vez lo sea, aunque agrego, sin dejar de resultar esencial en las sensaciones de avance de las familias); por su parte la burguesía (aún no se le llama “la única clase que produce y trabaja en el país”) y diversos sectores de las clases medias desconfían de las universidades **públicas** (ya para 1980 el adjetivo es necesario) y, en pleno uso de sus derechos, contribuyen al crecimiento de las universidades privadas. Aún falta para la explosión demográfica de los placebos de la educación, las universidades **patito**, ese adelanto impresionante de la nación **patito**.

Con y sin sectarismos, con y sin jactancias (“No queremos Olimpiadas, queremos revolución...”), **el 68** implanta la atmósfera temática y crítica que, pese a caídas no minimizables, se mantiene hasta hoy en la UNAM y se extiende por la red de universidades regionales, acosadas por los gobernadores y su nómina de la provocación. En las universidades públicas la tendencia más visible es de izquierda, aunque la mayoría de los estudiantes no se define así, son laicos y antigobiernistas y recalcan de los discursos, pero no quieren entrar a partidos que sus padres juzgarían

* Conferencia magistral en el Auditorio Alfonso Caso de la Universidad Nacional Autónoma de México

** Escritor y periodista mexicano

subversivos, y están atados al pequeño dogma: el que se define políticamente anula sus posibilidades en la vida. De modo casi siempre marginal, dentro de las posiciones de izquierda, hay sectores de crecimiento ocasional a las que el asambleísmo vuelve infértiles. También, en las universidades públicas con núcleos más radicales persisten los choques ideológicos-presupuestales con el gobierno federal y con los regionales, no hay relación fluida con el mercado de trabajo (en parte por los prejuicios empresariales contra “los nidos de alborotadores”), y los lazos con la sociedad son más vigorosos de lo que podría suponerse, salvo crisis como la de 1999, o más específicamente, la crisis de 1999, donde el “radicalismo” en la UNAM exhibe algo más que furor y conversión de las causas estudiantiles en la adquisición de un repertorio de amenazas.

4

En *Educación en la sociedad del conocimiento* (FCE, México), Juan Carlos Tedesco examina tres fenómenos típicos de las universidades públicas: la **autonomía respecto al Estado; aislamiento del sector productivo y gran enraizamiento en la vida social y cultural**. ¿Cómo procede esta triada? La relación con el Estado se da sobre todo en una supeditación explícita y en una participación estatal importante en lo tocante a los presupuestos. Es innegable: la nación requiere de la formación de profesionistas, y de la institucionalización de zonas libres y laicas, no puede repetirse el 68 y el integrismo, en el mejor de los casos, nada más agrega fanáticos. El aislamiento del sector productivo también se produce en buena medida en las universidades privadas, cuyos egresados suelen vincularse con el sector productivo a través del bosque genealógico; y el gran enraizamiento en la vida social y cultural, comprobable a partir de la década de 1950.

Durante casi todo el siglo XX, y la tendencia sólo muestra su declive en el sexenio de Ernesto Zedillo (a quien le fastidia la UNAM porque no es la

Universidad de Yale, y a quien a lo mejor le fastidia Yale porque llegó tarde para salvarlo del IPN), las universidades públicas son las grandes proveedoras del funcionariado nacional y, en gran número de casos, con resultados eficaces; algo semejante pasa con el mercado a través de mecanismos como el servicio social. De pronto, desde el sexenio de Carlos Salinas esto se interrumpe casi escandalosamente porque la privatización (el término, los requerimientos ideológicos y el fetichismo adjunto) exige enviar al segundo o tercer planos de las recompensas a los que carecen de “la pátina de la modernidad”, la expresión que ojalá definan pronto los que, desde altas posiciones del gobierno, califican a la UNAM de “nido de holgazanes y malvivientes”, los mismos que con el candor de la impudicia se preguntan: “¿Qué perdería el país con refinerías privadas?”

No obstante el acoso presupuestal y a pesar de las campañas de desprestigio del rumor y del acoso mediático (una reciente, a partir del asesinato de cuatro jóvenes mexicanos en Ecuador, la muy mezquina contra la Facultad de Filosofía de la UNAM “porque allí se forman subversivos y allí se malgastan muchos impuestos”) las universidades públicas cumplen funciones esenciales en México:

- son el centro más sistemático de aportación científica y producción intelectual en cada país latinoamericano.
- son, en momentos críticos, uno de los sectores que más abiertamente asume la defensa de las libertades civiles y políticas, lo que atrae forzosamente el odio o la enemistad activa del autoritarismo. Doy ejemplos: la UNAM en 1958 y 1968, las universidades de Argentina en el periodo de la Guerra Sucia, las de Chile durante la dictadura de Pinochet, las de Perú en el periodo de Fujimori (añádase la criminalidad de Sendero Luminoso), las de Venezuela en la actualidad, las de Guatemala en el largo periodo

dictatorial cuando se secuestra y asesina a rectores y profesores, las de Honduras, las de El Salvador en la época de la guerra, las de Bolivia y Ecuador antes de los regímenes de hoy. Un caso notable: en 1968 su defensa de la libertad crítica concentra en las universidades públicas de México la furia del presidente Gustavo Díaz Ordaz que ordena la invasión de la Universidad de Sonora, de la Universidad Nicolaíta en Morelia, y de la UNAM (18 de septiembre de 1968). Luego de la matanza del dos de octubre, la mayoría de los casi cien presos políticos proviene de la UNAM.

- habitúan en alguna medida, a partir de la expansión de la enseñanza media, a sectores amplios a prácticas culturales hasta ese momento inusitadas (lecturas, discusión de temas y autores, asistencia por lo menos ocasional a conciertos, recitales, ballets y obras de teatro, inicio de la cultura fílmica, etcétera). Esto entre otras cosas, y por así decirlo, en algo **normaliza** la frecuentación del libro en medios avasallados tradicionalmente por el anti-intelectualismo. Si ahora, según todos los indicadores, se lee muy poco entre nosotros, sin las universidades la regla sería en materia de lectura la virginidad visual.
- aclimatan la pluralidad y la renovación ideológica y teórica, y son la representación nítida del Estado laico y de las razones de ser del laicismo, del cual, luego de la enseñanza primaria, son la otra garantía primordial. También, es preciso decirlo, en el ámbito de grupos muy radicalizados, divulgan el sectarismo y la intolerancia de la ultraizquierda o, en menor proporción, de la ultraderecha.
- al imponerse la crítica al nacionalismo, las universidades públicas enriquecen críticamente el interés por lo nacional en debates, lecturas, análisis de recursos energéticos, de tecnología, de ecosistemas, de tradiciones y vanguardias intelectuales, de visiones de la historia, de examen del desarrollo urbano

y agrario. Esto sin descuidar lo siempre central en los procesos latinoamericanos: el conocimiento y la pasión por lo internacional. No es mala paradoja: las pasiones nacionalistas decrecen y el interés por lo nacional se intensifica.

- forman, en un primer nivel, a la mayoría de los profesionistas encargados de atender las necesidades de la administración pública y las demandas de la sociedad. Sin embargo, hay una diferencia substancial con el pasado inmediato: las primeras posiciones ya no las ocupan, por lo común, los egresados de las universidades públicas.
- representan el avance científico y cultural posible en una nación de escasos recursos. La investigación sigue siendo patrimonio de las universidades públicas.
- ocupan en forma mayoritaria el espacio que el Estado y la sociedad conceden en materia de libertad de expresión, disidencia política y moral. Junto con sectores de los medios informativos y de la vida intelectual y política, las universidades públicas sostienen el derecho a discrepar porque, salvo en los regímenes muy autoritarios, los gobiernos reconocen la crítica, que así intenten minimizar se considera indispensable en el equilibrio de las naciones. Con todo, la crítica aun hoy es inconcebible en las universidades públicas dominadas férreamente por los gobiernos locales, y en un buen número de las privadas.
- forman a las decenas de miles de profesores que demanda la explosión demográfica de la enseñanza media y superior.
- reafirman la ampliación del criterio en las ciencias sociales y las humanidades.
- forman a los jóvenes de clases populares y clases medias (lo que en un buen número de casos ya va siendo lo mismo) en un conocimiento del país, lo que los convierte en la masa crítica del laicismo.



Ilustración de Regina Arruti Zapata

- a los ojos de las clases populares y las clases medias representan, la movilidad social al alcance. Por muy dañado o corroído que se encuentre este sueño sigue siendo primordial, y es un factor constante del equilibrio todavía percible.
- son el centro de la movilidad cultural sin la cual la polarización que ahora se vive sería aún más áspera.
- en la larguísima etapa anterior a la década de 1990, un elemento determinante es el -acudo al eufemismo- poder de convocatoria de la burocracia del Estado. Este trust del empleo, del prestigio, de las oportunidades comparativa o genuinamente privilegiadas, obligó en un número amplio de casos a burocratizar su paso por las universidades.

Y durante el periodo más caracterizado por la estafotofagia que por la estatolatría (adoran al Estado que devoran), un lugar común no exactamente cierto, no obligadamente falso: en las universidades públicas se producen los liderazgos políticos y empresariales, y los liderazgos simbólicos, científicos y culturales del país. A esto -complemento y contradicción- le responde periódicamente un sector a fin de cuentas reducido de estudiantes y profesores que asumen compromisos utópicos, en el mejor sentido del término, por ejemplo en 1968 cuando, sin esos términos, el Movimiento estudiantil lucha por imponerle los derechos constitu-

cionales y los derechos humanos a un gobierno que los desprecia.

Luego, la mayor parte de los proyectos idealistas o utópicos se traslada a la sociedad, y en las universidades públicas viene a menos lo que se acrecienta en la década de 1970: la gana de ideologizar al mundo en un día, los discursos (“rollos”) del radicalismo declamatorio. Si se examina el 68 se verá que el Movimiento estudiantil hace radicar su mesianismo en unas cuantas consignas y algunos desplantes, pero en lo básico es democrático y sin vertientes anti-intelectuales, que se asomarán en los años siguientes. Luego, en diferentes etapas, el sectarismo se adueña por un tiempo de espacios universitarios.

-la carga opresiva del concepto y la realidad de **la universidad de masas**, que existe simplemente porque hay masas en la universidad, alimenta el prejuicio sobre la degradación estudiantil y académica, y sobre la desaparición de los antiguos niveles de conocimiento (se supone que muy elevados). No es esto tan cierto; en términos generales, la vida académica es más informada y productiva, y no sólo por la proliferación de centros e institutos de investigación, sino por lo evidente: los académicos son la masa crítica que en el mundo entero reemplaza a los intelectuales públicos, especie en extinción. Pero la leyenda pesa y al no desmontarse el concepto **universidad de masas**, éste continúa operando negativamente con resultados psicológicos, políticos y culturales similares a los detentados por los términos **subdesarrollo, periférico y tercermundista**. “¿Cómo puede ser un buen profesionalista si estudió en la universidad de masas? Dicen que los maestros tienen que pelearse a golpes para conseguir un sitio.” A la penuria económica de la mayoría se añade la noción fatalista: por falta de espacio físico y sobra de estudiantes sin apellido que cuente, la universidad de masas siempre será un lugar deprimido y deprimente, sin amistades como cartas de recomendación y, fíjense en el presupuesto, con un gran déficit tecnológico. Esto, mientras la licenciatura ocupa el sitio cultural y de reconocimiento antes asignado al bachillerato, y el posgrado o doctorado (el P.H.D.) resulta en términos reales, la nueva licenciatura. (Esto se comparte con la educación privada).

-la difusión cultural, iniciada en la década de 1930 como “la universidad para el pueblo”, y en diversas etapas un espacio de vanguardia imprescindible.

En el caso de los egresados de las ciencias sociales, los de vocación meritocrática se aglomeran en la entrada de la “puerta estrecha” de los ámbitos

de poder, abierta especialmente a los de las universidades privadas, cuyos méritos no discuto pero cuya aceptación social y profesional suele adelantarse a sus méritos. Mientras, se acrecienta la frustración de los que a diario se enteran de: a) el título ya no es garantía alguna de ascenso o empleo; b) según las clases gobernantes, el conocimiento sin relaciones adecuadas de clase social es puro analfabetismo, y c) lo más común: un alto funcionario vale lo que su equipo de asesores, y el problema del equipo de asesores es que su valor lo fija el alto funcionario que espera la orientación de sus asesores para poder valorarlos. Y el arrinconamiento de los egresados de las universidades públicas afecta por igual a las capitales y las regiones de América Latina.

“Aviso oportuno: aquí los empleos se consiguen previa cita con los editores de revistas de sociales”

Las universidades públicas han vivido en estos años la dramática reducción salarial, la escasez de plazas disponibles, el crecimiento burocrático que consume cerca del 80 por ciento de los presupuestos. También, desde hace dos o tres décadas, es evidente la preferencia de las clases gobernantes por los egresados de universidades privadas, sea -espero- por la calidad demostrada o, más probadamente, por razones ideológicas (“No pierden su tiempo con tonterías subversivas”), por motivos de valoración intuitiva (“Han tenido todo su tiempo para prepararse, sin problemas económicos”), o por imperativos “de estirpe” (“Son de buenas familias”). Insisto: mi tema no es la calidad de las universidades privadas sino la campaña de rumores y obstinaciones en la concesión de oportunidades que, desde los gobiernos, ansían ser dictámenes de eficiencia prestigiosa. El prejuicio dice a la letra: las universidades públicas son -el orden de los factores no altera el relegamiento- inmensos estacionamientos del desamparo vocacional, estepas del conocimiento anacrónico, sitios de retención y entretenimiento de

7

legiones de adolescentes y jóvenes, ámbitos del acecho de las oportunidades que les niega el determinismo de clase. Generalizo, desde luego, pero no soy el primero en generalizar, se me adelantó el sector empresarial.

Alabanza de lo privado, menosprecio de lo público

8 Desde hace décadas circula en las clases medias, para ya no hablar de la oligarquía, un axioma patito: la educación pública es “zona de catástrofe” y nadie, sensatamente, enviará a sus retoños (expresión de cariño vegetalizado aún vigente) a las escuelas y universidades públicas. La polarización se afianza en las ideas, en las vaguedades prevalecientes sobre los procesos educativos, y en la conversión de un hecho (la insuficiencia notoria de los recursos asignados a la enseñanza pública, muy en especial la elemental) en una predestinación: “Abandona toda esperanza de progreso, oh tú que ingresas a una escuela pública. Mira, ni pizarrón alcanzas”.

Al dogma determinista le sucede la galería de reacciones hoy casi inescapables: las familias clasemedieras palidecen al imaginarse a sus niños y jóvenes sometidos al trato diario con esa mayoría de sus condiscípulos que nunca la harán en la vida; la angustia se vuelca en la desesperación y las familias son incluso capaces de la hipoteca con tal de garantizarle a los suyos la salvación pedagógica, y en su ruta de escape de la desdicha, se abstienen de examinar con mínima decisión crítica, el tipo de enseñanza que reciben sus hijos, por ejemplo en las universidades patito... Y así la ilusión termina: las familias no pudientes se alojan definitivamente en el espejismo, las familias ricas se alarman al imaginar a sus hijos en instituciones que juzgan perversamente monolingües y muchas empresas de la educación privada demandan que el Estado les obedezca en todo, por requerir el neoliberalismo de la mayordomía federal que, para empezar, debe

becar a los jóvenes de las familias con recursos en universidades privadas.

No creo, sería injusto, idealizar a las universidades públicas. Cito algunas de sus limitaciones:

- en un muy buen ensayo, Adrián Acosta Silva se acerca a un problema gravísimo. “En la edad de oro de la autonomía universitaria, paradójicamente, un crecimiento piloteado por las demandas del mercado significó la hiperconcentración de la matrícula en algunas instituciones universitarias, y en algunas carreras y disciplinas (derecho, medicina, administración) (yo agregaría arquitectura). Los patrones del crecimiento reflejaron, más o menos fielmente, las tendencias demográficas y las expectativas sociales de cada ciclo de crecimiento, pero también fueron respuestas reactivas y pasivas de la universidad pública a los requerimientos de un desarrollo desequilibrado y tendencialmente crítico.”
- el desarrollismo, la fiebre de construcción al vapor de universidades públicas prodigó las esperanzas del empleo que ya languidecen. Y el neoliberalismo, al creer posible la universidad de élites como evaporación de las masas insiste, a través de la concentración monstruosa del ingreso, en los sitios inamovibles en la escala social.

Cito para casi concluir al chileno Ricardo Lagos: “la universidad es el lugar donde la sociedad se piensa y diseña sus cambios”. Las universidades públicas son el gran espacio de conocimiento y la crítica que resiste, persiste y busca nuevas formas de inserción en lo social. No niego ni exalto la validez de las universidades privadas, sobre todo en algunas carreras, sólo me atengo a lo anterior.

Para finalizar, dos ejemplos a contracorriente:
A) Privatizar para perfeccionar la ignorancia

La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) le ha pedido al gobierno de Felipe Calderón (18 de septiembre de 2007) privatizar

la educación media y superior de acuerdo a una consideración generosa: el modelo actual de financiamiento no es eficiente en lo tocante a la distribución de su gasto, por dedicarse el 84.4 por ciento de los fondos al pago de los salarios de los maestros. También, la OCDE sugiere sólo aumentar el gasto educativo cuando se eleve la eficiencia en el manejo de los recursos; de lo contrario “se corre el riesgo de que esa inversión sea un puro y simple desperdicio”.

El manejo de las cifras es, si se atiende a las conclusiones, por lo menos inescrupuloso: es cierto que el magisterio absorbe la mayor parte del presupuesto, pero esto no señala los privilegios de un gremio sino la penuria presupuestal de las universidades públicas. Es cierto que México está a la zaga de los treinta países miembros de la OCDE, con el último lugar en el porcentaje de población universitaria, pero eso no indica el fracaso de los estudiantes sin recursos sino la catástrofe de los regímenes federales y estatales empeñados en uncir el presupuesto a ocurrencias que llaman cada sexenio “Planes Educativos”; México está presumiblemente en el último sitio de las naciones con el índice de terminación en educación media y superior, el penúltimo lugar entre los jóvenes de 15 a 19 años matriculados en el bachillerato, la posición 31 de 36 países participantes en el estudio, en el porcentaje de población de 25 a 34 años con educación superior, el sitio 31 en gasto por estudiante desde primaria hasta nivel superior, y el último lugar en el porcentaje de graduados del doctorado, con sólo 0.1 por ciento.

Nada de lo anterior apoya la exigencia de privatización.

B) El martillo teórico de este llamado a privatizar de la enseñanza, la doctora Blanca Heredia, directora de la OCDE en México para América Latina, desdeña (o tal vez un verbo parecido, elija usted: minimizó, despreció, hizo a un lado, se burló sofisticadamente) los costos que tuvo esta propuesta en la UNAM:

Más allá del territorio de la UNAM, ¿a quién le beneficia ese estado de cosas (la deducción gratuita)? ¿De verdad le beneficia a la mayoría de la población? ¿De verdad con esa estructura la mayoría de los mexicanos van a tener más posibilidades de acceder a la educación superior? Y hay que ver a instituciones públicas ejemplares que han hecho experimentos en aras de la privatización... La inversión en educación genera beneficios estrictamente privados y como tal tienen que ser asumidos por la persona.

Ya entrada en la autopista de la metáfora, la doctora Heredia, seguramente influida por el pensamiento alegórico de la campaña del 2006, emite un apabullante juego de imágenes:

No parece muy buena idea aumentar el gasto en educación sin que antes se eleve la eficiencia de los recursos: si hay una situación en la que se necesita más agua y se sirve agua carísima en una coladera, te vas a quedar con poco agua... (entonces) parecería mejor idea cerrar los hoyos a la coladera antes de poner más agua en ella.

Así, México deja muy poco para invertir en otros rubros porque 96.9 por ciento del gasto educativo se destina a gasto corriente y, dentro de este concepto, 84.4 por ciento se canaliza a pago de maestros. Así, el país sólo dedica 3.1 por ciento al gasto capital, porcentaje menor al promedio de la OCDE, que es de 9 por ciento.

Casi hasta los últimos años del siglo XX la derecha quiere desacreditar la capacidad formativa de la escuela pública y para ello difama la educación laica. Durante un periodo prolongado se consigue muy poco, luego, al unificarse la perspectiva ideológica de las clases gobernantes, en el proceso que culmina con la adopción del neoliberalismo, se desata el ataque frontal a la educación pública, que es según sus detractores, muchos de ellos pagados por el Estado laico al que menosprecian, el refugio de los que no

9

pueden ir a otra parte, el hacinadero de los carentes de acceso a la alta tecnología y a los compañeros de aulas que serán poderosos porque sus padres ya lo son. (A estas alturas ya da flojera fundar dinastías).

El neoliberalismo mejora la propuesta. Da igual que la educación pública se componga de nacidos para perder, lo intolerable es que la educación media y superior no se haya convertido todavía en una zona de ganancia empresarial. Si no hay instrucción moral, allá su infierno populista, pero que haya quienes estudien sin pagar eso rebasa la paciencia de la macroeconomía. A la OCDE ni siquiera le preocupa que la inmensa mayoría no pueda pagar. ¿Para qué nacieron si no tenían crédito?, podrían decir con lógica parecida a la metáfora de las coladeras.

Se da por sentado: enseñanza pública (y laica) es la propia de los “nacidos para perder”, de los que nunca tendrán acceso a los estímulos del desarrollo (viajes, facilidades de estudio, prestigio de clase). Esta operación contra la educación pública pretende no destruirla del todo (para qué, dejen la enseñanza primaria, está bien que los asalariados sepan leer y escribir), sino alabar lo rentable y, de paso, atestiguar la suerte atroz de la gleba, del populacho, de los cuales -asista al sorteo del destino- sólo un puñado se integra a la clase gobernante, mientras la mayoría, es de suponerse que por lealtad, se aferra a la base de la pirámide. Son innegables las limitaciones de la educación pública, como las de la privada, pero en el caso de la primera los dictérios de la élite no

10



Ilustración de Regina Arruti Zapata

proviene de la observación y el análisis sino de la certidumbre: fuera de los centros educativos de la élite aparece el abismo.

No aludo aquí a la calidad de la educación pública y privada sino a la campaña de desprestigio intenso contra los universitarios que no pagan por la formación que reciben. Si bien con la UNAM las calumnias se han desbaratado, en el caso de la educación elemental se ha implantado la especie: ventaja de clase es destino. Inmorales porque no reciben enseñanza religiosa; fracasados porque viven la educación pública. Iván Illich demostró con brillantez las consecuencias lamentables del mito de la escolaridad que iguala el fracaso en la escuela con el fracaso en la vida, tal y como lo señaló en una época el término **destripado**, el que al abandonar los estudios “se le salen las tripas”. Esto, dicho sea de paso, comienza a modificarse al filtrarse el nuevo lugar común: el título de licenciado ya equivale a un segundo certificado de preparatoria, es decir, la educación privada que vale la pena ocurre **fuera**.

No se admite lo innegable: tras el menosprecio frenético de las escuelas públicas se levanta otro capítulo de la lucha de clases (versión globalizada: habita la miseria integral aquél que en su correspondencia todavía usa timbres postales), y esto se agrava en los sectores indígenas y, en general, en la aplicación del presupuesto. A los niños indígenas se les relega estrepitosamente, mientras los recursos educativos disminuyen. El neoliberalismo exige países competitivos nada más atentos a la productividad, y le da igual (es decir, le molesta) la capacidad educativa de los sectores populares.

Privaticen y expúlsenlos del espacio vital. La moraleja queda pendiente.

Es igual (o peor) educación privada

La educación privada parece o ser garantía de un mejor aprovechamiento por parte de los alumnos, pues las escuelas privadas mexicanas están igual o peor que las públicas, según se desprende de un análisis hecho por la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE).

El estudio demuestra que, si todos los alumnos de 15 años tuvieran el mismo nivel socioeconómico y asistieran a escuelas similares, las privadas obtendrían 20 puntos menos que las públicas en la Prueba Internacional para la Evaluación de los Estudiantes (PISA) 2006, que aplica la OCDE.

El organismo realizó una interpretación de datos, llamado multinivel, donde se eliminan las variables del contexto socioeconómico de las escuelas y de los alumnos.

‘El análisis de los resultados de PISA 2006 señala, en otras palabras, que en tierra de ciegos el tuerto es rey (...) Esto revela que el sistema educativo mexicano es malo todo, tanto los públicos como los privados. Es malo por el currículum enciclopédico, es malo por la formación de maestros que es común a las escuelas públicas y privadas y es malo por la formación de enseñar de los maestros’, expresó David Calderón, director del Consejo Académico de Mexicanos Primero.” (Reforma, 13 de mayo de 2008.

11